Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Carta

Canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II

Juan Pablo II

1 de junio de 2014

La celebración del 27-4-2014 en Roma fue un acontecimiento realmente histórico. En ocasiones quizás abusamos de esta expresión, pero en relación con lo vivido hace algunas semanas, es ajustada. La canonización fue fijada intencionadamente en el Domingo de la Divina Misericordia, fiesta instituida por Juan Pablo; y el papa Francisco desea que su ministerio transite por los senderos de la misericordia.

Después de haber dedicado la carta anterior al papa san Juan XXIII, hoy quiero invitar a todos a bendecir a Dios por la persona, la vida y el ministerio de san Juan Pablo II. Fue elegido papa el 16-10-1978, y el 22-10-1978 dio inicio a su ministerio como Pastor universal de la Iglesia; por ese motivo, celebramos ese día su memoria litúrgica. El 13-5-1981 sufrió un grave atentado en la plaza de San Pedro; años más tarde, visitó a su agresor en la cárcel y le perdonó.

Juan Pablo II ha sido canonizado pocos años después de su muerte, acontecida el 2-4-2005. Los signos de su santidad fueron percibidos claramente por quienes estuvieron cerca de él, y Dios avaló con su poder esa percepción. Pronto se levantaron voces que pedían su canonización, como, por otra parte, había ocurrido también con Juan XXIII; Dios nos ha visitado a través de estos papas santos.

El papa Juan Pablo II posee unas dimensiones de auténtico gigante. Fue ”magno” por la duración de su pontificado, casi 27 años, uno de los más largos de la historia de la Iglesia; por la profundidad de sus reflexiones; por las coordenadas en que situó su ministerio, en el horizonte del año 2000, en

aproximadamente con estas palabras: ”Buenos días, el sol —que aparecía ya y comenzaba a calentar el anfiteatro natural donde estaba recostada la multitud—, Cristo el Sol, la alegría del domingo, el gozo, el Monte del Gozo...”. Y a medida que iba pronunciando el saludo, los jóvenes iban desperezándose y aplaudiendo; en pocos minutos cambió el rostro de todos y el aspecto del monte. Se creó un precioso ambiente de fiesta; la noche y las incomodidades quedaron atrás, y por delante teníamos la Eucaristía a punto de comenzar.

Siendo obispo de Bilbao, en una visita *ad limina*, el obispo auxiliar, Mons. Carmelo Echenagusia, y un servidor pudimos conversar con el Papa. De entrada, nos preguntó: ”En el País Vasco hay violencia terrorista; ¿qué hacen ustedes por la pacificación?”. Nosotros le contamos qué actitudes, comportamientos e iniciativas particulares asumíamos, entre ellas la peregrinación al Santuario de Urkiola, lugar emblemático de la Diócesis de Bilbao. Nos escuchó atentamente, y al final nos dijo: ”Muchas gracias; continúen actuando así”. Se puede comprender qué ánimo nos infundió el reconocimiento del Papa.

Tengo muy viva la impresión que me produjo la inolvidable celebración del primer Domingo de Cuaresma del Año Jubilar 2000, en la que Juan Pablo II pidió perdón por los pecados de la Iglesia en la historia; para mí fue una de sus celebraciones estelares, en tantos años de ministerio como sucesor de Pedro y pastor de la Iglesia universal. El recuerdo del Papa abrazado a una impresionante imagen de Jesús crucificado y mirándole al rostro me ha acompañado siempre; aquella petición de perdón está en los cimientos de la nueva evangelización.

El papa emérito Benedicto XVI escribió en una evocación que le pidieron con ocasión de la canonización: «*Mi recuerdo está lleno de gratitud. Estoy seguro de que todavía hoy su bondad y su bendición me protegen*». «*Que Juan Pablo II era un santo me fue quedando cada vez más claro durante los años de colaboración con él. Naturalmente, ante todo hay que tener en cuenta su intensa relación con Dios, ese estar inmerso en la comunión con Dios mediante la oración; de ahí le venía la alegría en medio de las grandes fatigas, y la valentía para afrontar las tareas difíciles*».